

El tiempo de Pascua vivido desde el confinamiento

Reflexiones para nutrir la esperanza cristiana

Queridos hermos/as en el Señor:

Dos imágenes han marcado esta primera semana de Pascua, la de la octava: el *sepulcro vacío* y el *Cenáculo cerrado*.

Ese sepulcro se nos ha de representar como nuestras calles, ahora vacías. La calle puede simbolizar nuestra vida, su actividad, sus encuentros y proyectos. Y lo cierto es que, en gran medida, nuestra cultura contemporánea había enterrado en todo eso a Dios, lo había tapado con una losa muy pesada de prejuicios y de pseudociencia. Por eso, ya en tiempos antiguos, un padre de la Iglesia enseñaba que el sepulcro no se abre para que “salga a fuera Cristo”, se abre para que los discípulos entren y constaten que allí no hay muerto (o que lo único muerto que hay es su fe). Ojala sepamos, gracias al vacío de nuestras calles, a nuestro no poder actuar, a nuestro reconocer nuestros límites, que la losa está movida y que ese Dios al que hemos querido desterrar o matar, sigue vivo, más que nunca, y está aquí. Y está no para condenar sino para salvar y dar vida. “No busquéis entre los muertos al que vive”. Dios está aquí y lo que hace falta es que lo adoremos (adorarlo desde casa, incluso contemplando simplemente en una pantalla la imagen, aparentemente estática, de una custodia sobre el altar de una capilla lejana) y que, sentándolo a nuestra mesa por la caridad fraterna, él nos abra los ojos para reconocer su presencia; y admirándonos de cómo nos sale ahora al encuentro por la fe, se nos abra el entendimiento para comprender las Escrituras.

Por otro lado, ahora, confinados en nuestros hogares y no sin miedo, nos asemejamos tanto a los discípulos escondidos por el miedo y la falta de fe. Mira que vienen testigos que dicen que vive, que ha resucitado, pero no podemos creer. Tiene él que irrumpir, pasar a través de nuestras puertas cerradas y decirnos una vez más: “Paz a vosotros”. No soy un sueño, una alucinación, un fantasma, quiero comer con vosotros, tocad mis llagas como Tomás y “no seas incrédulo, sino creyente”, “dichosos los que crean sin haber visto”. En nuestras casas ha de haber un altar. Una imagen, un cirio encendido, algo que nos ayude a dejarnos curar por Él. Nuestro cenáculo de miedo se ha de convertir en hogar que espera. Como se pasó del cenáculo de los desalentados al de los orantes a la espera de don de Pentecostés.

Y esta es la imagen para las próximas semanas: La familia, María y los discípulos en el cenáculo velando en oración para recibir el Espíritu Santo (31 mayo 2020, PENTECOSTÉS).

Los días que nos quedan de abril y el próximo mes de mayo, más allá de las normas concretas que legalmente adopte nuestra situación de confinamiento, hemos de hacer de nuestras familias y comunidades *cenáculos de oración con María*. Es providencial que la Pascua termine este año el 31 de mayo, el mismo día que solemos celebrar la *Visitación de María a Isabel*, cuando Isabel bendice a María: “Dichosa tú, porque has creído” y por la presencia de María la casa de Isabel se llenó del gozo del Espíritu Santo.

Realmente hemos de vivir lo que resta de este Tiempo de Pascua 2020 en profunda oración unidos a María, la mujer de la fe. Rezar juntos cada día el Rosario, o, al menos alguno de sus misterios. O rezar la oración del Papa Francisco a la Virgen en esta situación de pandemia. O repasar con María las lecturas de la Misa de cada día y terminar rezando en “Regina coeli”. En todo caso poner en casa en un sitio visible la imagen de María que más devoción nos dé o que tengamos a mano e ir cada día de mayo haciendo una visita ante ella y obsequiándola con alguna “flor” (natural o de obsequio espiritual). Esta pascua en el cenáculo de María nos muestra que podemos hacer de esta “necesidad virtud”, sin problema ni complejo, es un regalo de Dios, poder convertir nuestra pana en frutos de vida, porque como bien sabéis, “si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo, pero si cae en tierra y muere, produce mucho fruto”. Orar con María esta pascua será dejarnos gestar como Jesús en su vientre, aunque sea espiritualmente, para nacer más claramente hijos/as de Dios, más semejantes a Cristo, mejores en todo.

El encierro, la muerte, la enfermedad, la crisis económica nos pueden amargar y sacar de nosotros lo peor del egoísmo, la violencia, la irracionalidad, pero también puede ser oportunidad de conversión, de examen de conciencia, de reconocer los propios errores, de abrirnos a la solidaridad y salir renovados y fortalecidos. María nos ayudará a salir del mal y a abrazar el bien, nos enseñará esa ciencia de ganar dando y de salvarnos dando la vida generosamente. Como siempre la misma situación nos permite escoger el camino de la vida o el de la muerte. Los cristianos, siguiendo a Cristo con María, no podemos escoger otra cosa que la vida.

Con mi saludo y oración más cordial por cada uno de vosotros,

Mons. Juan-Miguel Ferrer Grenesche.